



ALFAGUARA JUVENIL

ALFAGUARA

© 2011, GRISELDA GAMBARO

© De esta edición

2011, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-987-04-1835-1

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

Primera edición: mayo de 2011

Segunda reimpresión: enero de 2013

Edición:

VIOLETA NOETINGER

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil:

MARÍA FERNANDA MAQUEIRA

Diseño de la colección:

MANUEL ESTRADA

Gambaro, Griselda

El investigador Giménez / Griselda Gambaro ; ilustrado por Roberto Cubillas. - 1a ed. 2a reimp. - Buenos Aires : Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2013.

184 p. : il. ; 12x20 cm. (Serie Azul)

ISBN 978-987-04-1835-1

I. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Cubillas, Roberto, illus. II. Título.

CDD A868.928 2

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

El investigador Giménez

El caso de la pareja ambiciosa

Griselda Gambaro

Ilustraciones de Roberto Cubillas



ALFAGUARA


U no de los placeres del ex ayudante de policía Facundo Giménez en los días de calor era dormir la siesta en una hamaca paraguaya bajo una parra del patio.

Su mujer, Carolina Mangiapresto, conocida por Paulina, le aconsejaba que durmiera en el dormitorio, pero él no cedía. En el dormitorio se ahogaba. Aseguraba que dormir la siesta al aire libre en los días de calor no podía compararse a nada, el amparo de la sombra, la brisa, el balanceo de la hamaca.

Soñaba mucho en esas siestas de sueño inquieto porque a pesar de las ventajas un sueño tranquilo era imposible: las moscas lo tomaban de punto o de presa fácil. Había dos en particular que apenas lo veían dormido abandonaban las uvas maduras en lo alto de la parra y descendían en vuelo apurado, una se le posaba en la nariz, la otra en la frente. Sin despertarse, él las apartaba de un manotón, pero volvían y volvían.

Esa tarde, con el sueño inquieto (por culpa de las moscas), Giménez soñaba que conducía un coche en la carretera, un vehículo impresionante, de carrocería tan larga que doblaba con dificultad en las curvas, para colmo cortas y pronunciadas como en un camino de montaña. Una voz aflautada que salía de un parlante le indicaba las maniobras, pero Giménez nunca había manejado un coche así, tan moderno, y la voz, en lugar de ayudarlo, lo embarullaba. Para que se callara la boca o lo que tuviera por boca, Giménez apretó varios botones, pero todos equivocados: se le levantó el capot, funcionaron los parabrisas como en lluvia torrencial, se encendieron luces rojas y sonaron varios pi-pi de alarma.

Por suerte, todo se aquietó al rato, aunque sin silenciar la voz.

Tratando de no escucharla, avanzando y retrocediendo, sudando a mares, Giménez logró salvar una doble curva en ese. Suspiraba de alivio cuando un camión con acoplado apareció de pronto en la ruta.

Le venía al encuentro a toda velocidad.

El camino era de una sola mano y Giménez apretó los frenos, se prendió desesperado de la bocina, torció el volante a la izquierda y después a la derecha, quería desviarse del encontronazo fatal pero no tenía salvación. A los costados no había

banquina, solo precipicios cubiertos de rocas y de malezas.

—¡Callate! —le gritó a la voz del auto que ya no pronunciaba claramente. Algo (el camión) la asustaba y debía de haberse producido alguna falla en el mecanismo porque le daba a Giménez consejos desatinados: que inmediatamente soltara las riendas y descabalgara, que saltara del tren porque el maquinista se había equivocado de vía y finalmente, acertando por pura casualidad, que se tirara del auto porque un camión venía de frente. Si el auto era grande, el camión era más grande. ¡Ya lo sabía! Del impacto quedaría pulverizado, recogerían su cuerpo con cucharitas de té. Ahora Giménez veía al camión tan cerca que percibía los detalles, o sea: el brillo de los cromados, los banderines de adorno, una virgencita pegada al vidrio del parabrisas, un perrito de peluche con la cabeza oscilante. El conductor, en lo alto de la cabina, sonreía con todos sus dientes y le hacía corte de manga.

—¡Ay! ¡Ay! —gritó Giménez. Soltó el volante y hundió la cara en las manos.

En esos pocos segundos, la voz del coche se había descompuesto del todo; en pánico total le aconsejó que cantara para alegrar su agonía, que se distrajera con pensamientos amables porque no había otro remedio: el camión lo haría pomada.

Cuando ya tenía el camión encima, por suerte Giménez se despertó.

Sobresaltado, empapado en sudor frío, se aferró a los bordes de la hamaca. Ja, ja, rio con la boca seca. Había escapado del desastre porque solo había sido un sueño.

¿Pero qué oía?

Resonaban bocinazos, tan fuertes, tan perentorios como si siguiera en el coche. Por un momento el pulso se le detuvo, confusamente pensó que aún conducía en la carretera a punto de morir entre ruido de fierros, de cristales rotos.

Se tocó las piernas y estaban, los brazos igual. No le chorreaba la sangre. Abrió bien los ojos y se dio cuenta al instante de que se encontraba en el patio, aferrado a la hamaca paraguaya; las moscas volaban hacia la parra y los bocinazos provenían de un coche idéntico al de su sueño —lujoso, último modelo— estacionado en la calle, justo frente a la casa.

Un individuo grandote —el chofer del coche— era el inoportuno a quien se debía el ruido precisamente a esa hora. Había salido del coche y tocaba la bocina a través de la puerta abierta, y cuando Giménez le gritó exasperado que terminara con el barullo infernal, se irguió y girando el cuerpo exhibió un rostro de rasgos duros con unos ojos chiquitos que guiñaba bajo el sol.

Giménez le tomó antipatía de entrada.

—¿Qué quiere? —preguntó hostil.

El otro no contestó de inmediato. Dijo “¡Psé! ¡Psé!”, y lo observó con un desprecio visible, como si de ningún modo pudiera ser la persona que buscaba.

Lanzó otro “¡Psé!” y preguntó:

—¿Usted es Giménez?

—Desde siempre. Desde que nací soy Giménez, Facundo.

—Mi Patrón lo necesita.

—Y quién es su Patrón, dígame.

—¿No lo conoce?

—Y si no me dice el nombre, ¿cómo voy a conocerlo? —replicó Giménez de mal modo y le dio la espalda. Su intención era dejarlo plantado, con Patrón, coche lujoso y todo.

Apenas si se había alejado unos pasos cuando imperativamente irrumpieron de nuevo los bocinazos. Se detuvo:

—¿Qué quiere? —gritó con furia—. ¡Saque el auto de mi puerta! ¡La mano de la bocina! ¡No moleste a la hora de la siesta, imbécil!

Inesperadamente, el chofer se mostró manso. Se le borró el desprecio de la cara como si el ataque de furia hubiera ascendido a Giménez de categoría. Es así: es preferible un trato amable, pero

algunos solo entienden a los gritos y mejor aún con amenazas e insultos.

El chofer pertenecía a esta clase de personas, sólo entendía a los ladridos.

—Perdone —se disculpó.

Y al ver que Giménez tenía apretados los puños, formuló otras excusas: como vivía en la ciudad, no conocía las costumbres de los pueblos, él nunca dormía la siesta, el Patrón tampoco (aprovechaban el día) y siguió con el mismo tenor un rato hasta que se convenció, y creyó haber convencido a Giménez, de que no había querido incordiar.

—Hace calor —dijo—. ¿No tiene una bebida? Me gustaría una cerveza.

—El bar queda a cinco cuadras —replicó Giménez sarcástico—. Con el auto llega en segundos. Pero no vaya. A esta hora está cerrado. El dueño duerme la siesta.

Y como el tono había sido ríspido, el chofer alzó las manos en un gesto de concordia.

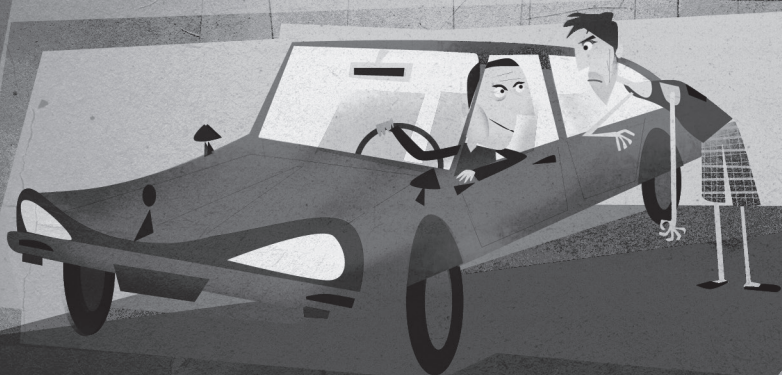
—¡Don, don! No se enoje. Le explico todo en seguida.

Y allí explicó que su Patrón —¿quería el nombre? Se lo daba: doctor Javier Almendra— había oído mentar a Giménez.

—¿A mí? —preguntó Giménez, ligeramente ablandado.

BEePPP!!!

BEePPP!!!



—A usted.

—¿Quién me mencionó al doctor ese?
—preguntó Giménez, sintiendo que su enojo se desvanecía ante lo que consideraba un halago.

—Uno de sus secretarios —dijo el chofer.

Oriundo de Pico Dormido y con parientes en el pueblo, el secretario se había enterado de un caso en el que había intervenido Giménez cuando era ayudante de policía. Se refería al asesinato en el pueblo de don Diego Iñíguez, criador de caballos de polo, prestamista y usurero, que había sido encontrado en su oficina muerto de una puñalada. Voz pública era que no había sido el comisario quien había dilucidado el crimen y llevado al culpable entre rejas sino el propio Facundo Giménez.

Por estos méritos, dijo el chofer, el Patrón requería sus servicios. Tenía un problema gravísimo, de índole confidencial, y por eso no acudía a la policía. Quería un investigador privado.

—¿Qué clase de problemas tiene?

—¡Hum! —dijo el chofer.

—¿Y ese “¡Hum!” qué significa? —preguntó Giménez, sintiendo que la contestación lo enardecía nuevamente.

—No estoy autorizado a hablar. Además, ¿qué quiere que sepa? —rio el otro—. ¡Es caído del

catre usted! ¡Mire si el Patrón me va a contar a mí lo que le sucede a él!

Sí, pensó Giménez, ¿cómo hablaría el Patrón con semejante cascote? Si fuera él ni lo contrataría de chofer.

Ajeno a estas duras reflexiones, el chofer, de nombre Eleuterio Vázquez, anunció que lo llevaría ante el Patrón. Era todo un desafío, con la ruta atestada por recambio de vacaciones, pero a ciento sesenta por hora, sin pisar el freno ni levantar el pie del acelerador, llegarían a la ciudad en tres horas.

—Si llegamos —dijo Giménez.

—Quédese tranquilo. Manejando soy un as —dijo Vázquez, y para demostrarlo contó que había sido primero en varias competiciones. En realidad, en la única en la que había participado había embesitado un montículo y roto el tanque de nafta. Pero esto no lo contó, como tampoco que había llegado último y encima descalificado porque un montón de vecinos lo había llevado a remolque.

—Soy un as —repitió orgullosamente. En honor de la verdad, aunque sus habilidades eran pura fantasía, era el primero en creerlas.

De pronto, Vázquez observó críticamente a Giménez, hasta entonces lo había mirado sin ver.

Tenía enfrente a un individuo desaseado, barbudo, totalmente impresentable, en camiseta sin

mangas y con unos pantalones cortos que parecían calzoncillos. Despedía olor a sudor. Si lo conducía así, en esas condiciones de mugre, el doctor lo haría responsable y le tiraría flor de bronca.

—Póngase decente —dijo aprensivo.

—¿Decente? —repitió Giménez.

El requerimiento lo alteró. Que Vázquez hablara sobre su aspecto lo puso fuera de sí. ¿Acaso estaba indecente? Hacía calor, estaba en su casa y era dueño de vestir como quería.

Dispuesto a protestar vivamente abrió la boca pero Vázquez le ganó de mano. Se explayaba sobre el Patrón, contó que era un hombre derecho, muy pulcro en su aspecto, muy pulcro subrayó, y así quería a sus empleados, vestidos decentemente, sin una mota de polvo y sin olor a sudor. El doctor Almendra era un excelente patrón, aunque de carácter imprevisible, un día venía hecho una seda y al otro día un erizo. Entonces maltrataba a todo el mundo y al que no se había afeitado, se atrevía a mirarlo de frente o tenía una mancha en la corbata, ahí mismo lo despedía. Pero él no lo juzgaba, para algo era el Patrón. Hablando del tema, Vázquez se había vuelto humilde, se expresaba con sumo respeto aunque ese respeto no lo extendía a Giménez, a quien las indirectas le habían pasado de largo.